

El impacto de monseñor Romero en Ignacio Ellacuría

**Jon Sobrino,
Centro de Reflexión Teológica,
San Salvador**

En este foro han desarrollado ustedes temas importantes del pensamiento de Ignacio Ellacuría. Al pedirme ahora que diga unas palabras, he pensado tratar un tema que normalmente no suele ser objeto de ponencias. Se trata del impacto que monseñor Romero produjo en Ignacio Ellacuría, y en lo más hondo de su persona. Me refiero a ese ámbito de realidad en el que el ser humano se encuentra ante un misterio, Dios, y la fe con que se le puede corresponder. O ante un enigma, con preguntas sin respuesta o con el silencio que le puede acompañar.

No es fácil —y en definitiva, no es posible— penetrar adecuadamente en ese ámbito último de otra persona. Tampoco me parece posible hablar, como si las palabras “Dios” y “fe” fuesen unívocas y adecuadamente comprensibles y manejables. Ese hablar, pues, será siempre balbuciente, pero pienso que sí es posible encontrar caminos para hacerlo con responsabilidad. Es lo que intento hacer a continuación.

Nos preguntamos, en concreto, por el impacto de monseñor Romero en la fe de Ignacio Ellacuría. En el contenido de su *fides quae*, si y cómo comprendía la realidad de Dios. Y en el hecho de su *fides qua*, si y cómo se entregaba a Dios. De esta fe hablaremos desde indicios. Pero del impacto de monseñor Romero sobre Ellacuría no hay solo indicios, sino que podemos hablar más argumentativamente.

Ya hace años reflexioné y escribí sobre el tema (Sobrino, 1999), y dije que Ellacuría era llevado en lo último, en su fe, por monseñor Romero. Ahora quisiera añadir algunas reflexiones que pueden ofrecer cierta novedad. Se trata de lo que el mismo Ellacuría dijo en varias ocasiones, novedosa y audazmente, sobre la relación entre monseñor Romero y Dios. En mi opinión, su formulación más radical fue la siguiente: “Con monseñor Romero, Dios pasó por El Salvador”. Y desde esta perspectiva organizamos nuestras reflexiones.

1. Ellacuría mostró su convencimiento de que “Dios”, en concreto, el Dios de Jesús —y en principio, lo que fuese último y bueno en la realidad—, se hizo presente en monseñor Romero. Y simultáneamente, vio que monseñor respondió y correspondió a ese Dios —a esa realidad última y buena—.
2. Por esa razón sobre todo, monseñor Romero impactó a Ignacio Ellacuría en forma diferente, y más definitiva, de lo que lo impactaron otras personas importantes en su vida y de las cuales aprendió. Llegó a ser, y pienso que permaneció, discípulo de monseñor, más que de ninguna otra persona.
3. Por último, en mi opinión, Ellacuría “fue llevado” en su propia fe por la fe de monseñor Romero. Con ello quiero expresar la dimensión de “don” y “gracia” que se le hizo presente en su vida y cómo se le hizo presente.

No fue siempre así. Hasta 1977, fueron años de desencuentro entre ambos. Baste una muestra. Por encargo de la Conferencia Episcopal de El Salvador, monseñor Romero escribió en 1974 una reseña crítica del libro de Ellacuría *Teología política*¹. Ellacuría a su vez fue crítico de monseñor, pues, aunque este aceptase teóricamente a Medellín por ser un documento de la jerarquía latinoamericana, no se sentía cómodo con los documentos y mostraba fuerte desconfianza y criticaba al clero, a los seminaristas, a las comunidades, también a la UCA, que buscaban poner en práctica sus enseñanzas.

Todo cambió el 12 de marzo de 1977 con el asesinato de Rutilio Grande (Sobrino, 2013, pp. 16-22). El encuentro entre Romero y Ellacuría se hizo, desde entonces, cada vez más coincidente en la visión histórica de la sociedad salvadoreña, en lo que debía ser el seguimiento de Jesús y la praxis de la Iglesia. Y a la base estaba la comprensión de Dios como Dios de vida, en lucha con los ídolos de muerte. En lo personal, la relación entre ambos llegó a ser muy cercana. En el caso de Ellacuría, a quien conocí más de cerca, su relación con monseñor fue entrañable. Ignacio Ellacuría llegó a tener veneración por monseñor Romero.

A continuación, desarrollaré los tres puntos mencionados, citando a veces textos largos de Ellacuría.

1. El Dios que pasó por El Salvador con monseñor Romero

Ellacuría habló varias veces sobre monseñor Romero, y para hablar adecuadamente sobre él sintió la necesidad de hablar conjuntamente sobre “otra cosa”. En un texto programático, escribió: “Difícil hablar de monseñor Romero sin

1. La crítica estaba basada en argumentos teológicos, pero sin el espíritu de Medellín. Estaba hecha con seriedad y educación, y no desde prejuicios muchas veces ofensivos. Lo menciono porque no siempre ocurría así en las críticas de algunos jerarcas a los que consideraban ser teólogos de la liberación.

verse forzado a hablar del *pueblo*” (Ellacuría, 1981). Insistía así en la íntima relación entre monseñor Romero y pueblo —el pueblo histórico salvadoreño—.

Siguiendo la lógica de esa formulación, ahora afirmo que para Ellacuría es “difícil hablar de monseñor Romero sin verse forzado a hablar de *Dios*”.

Hagamos una pequeña aclaración. Usar una misma forma de lenguaje para relacionar a monseñor Romero con el “pueblo”, realidad histórica, y con “Dios”, realidad trascendente, no es veleidad mía. El mismo Ellacuría apuntó a ello y lo facilitó en el discurso que pronunció cuando, el 22 de marzo de 1985, la UCA concedió a monseñor Romero, a título póstumo, el Doctorado en Teología. Hablando de la esperanza de monseñor, dijo:

Sobre dos pilares apoyaba su esperanza: un pilar histórico que era su conocimiento del pueblo al que él atribuía una capacidad inagotable de encontrar salidas a las dificultades más graves, y un pilar trascendente que era su persuasión de que últimamente Dios es un Dios de vida y no de muerte, de que lo último de la realidad es el bien y no el mal. (Ellacuría, 1985a, p. 174.)

Analicemos ahora lo que dijo Ellacuría sobre el paso de Dios por El Salvador con monseñor Romero.

Que el pensador, filósofo y, sobre todo, teólogo Ellacuría hablase sobre Dios se puede dar por descontado. Lo hizo en muchos escritos teológicos y de raigambre bíblica, al abordar temas cristológicos y eclesiológicos, y temas como la justicia y la espiritualidad, la liberación y la fe. Y como hemos dicho, habló de Dios al hablar de monseñor Romero.

Esto puede ser aceptado con naturalidad, pero hay que dar un paso más. Ellacuría comprendió y formuló la relación entre “Dios” y “monseñor Romero” de manera novedosa, como en mi opinión no lo suelen hacer teólogos y gente de Iglesia. Habló de monseñor Romero, ciertamente, como buena noticia, profeta, seguidor de Jesús y hombre de Dios. Pero sin piadosismo alguno, a lo cual no era dado, sino con convicción existencial e intelectual, en monseñor Romero discernió “los signos verdaderos de la presencia o de los planes de Dios”². Monseñor era un signo de los tiempos teologal.

Con todas las analogías del caso, y sin caer en literalismos fáciles, el hablar de Ellacuría sobre monseñor recuerda lo que hicieron los primeros cristianos con Jesús de Nazaret. *Proclamaron* la vida y la praxis de Jesús como buena noticia: “Pasó haciendo el bien”. *Explicitaron* sucintamente en qué consistió esa buena noticia: “Sanando a los poseídos por el diablo”. Y desde esa constatación histórica y en virtud de ella, *se vieron forzados a hablar de su especial relación*

2. Así describe el significado de “signo” [de los tiempos] GS 11.

con Dios: “Dios estaba con él”. Es lo que dice Pedro en casa de Cornelio (Hch 10, 38s).

También Ellacuría vio que monseñor “pasó haciendo el bien”. Lo contó con gran detalle, como veremos a continuación. Y concluyó: “Dios estaba —especialmente— presente en monseñor Romero”.

Las palabras pueden sorprender, o asustar, pero para quien conoció a Ellacuría no es pensable que al hablar así de “Dios”, y menos de “Dios y monseñor Romero”, hablase a la ligera. Hablaba con seriedad.

1.1. Tres textos

Vamos a recordar tres textos en los que Ellacuría pone en relación a monseñor Romero y a Dios. El primero es de los inicios del ministerio arzobispal. El segundo, pocos meses después de su asesinato. El tercero, y más radical en la formulación, en la misa del funeral de monseñor en la UCA. En cada uno de ellos consideraremos una *afirmación teológica breve y lapidaria* sobre la relación entre monseñor Romero y Dios, y *afirmaciones explicativas de la realidad histórica de monseñor*, en las cuales Ellacuría encuentra fundamento para las afirmaciones lapidarias, teológicas y doxológicas³, de nuevo, dicho con todas las analogías del caso.

(a) “He visto en la acción de usted el dedo de Dios”

“Desde este lejano exilio quiero mostrarle mi admiración y respeto”; así comienza la carta que escribió a monseñor el 9 de abril de 1977, desde su exilio en Madrid, a propósito de su reacción ante el asesinato de Rutilio Grande, el 12 de marzo⁴. Y continúa: “He visto en la acción de usted el dedo de Dios”. Es la afirmación *teológica*. Y añade tres razones *explicativas* para que la expresión no quedase reducida a acompañamiento meramente literario.

Transcribo lo fundamental de estas reflexiones. Y las transcribo casi íntegras, aunque ligeramente editadas, pues este texto ofrece mucha luz para comprender qué de monseñor, y en qué medida, le impactó a Ellacuría. Y también lo hago porque el texto es desconocido (Ellacuría, 2013, pp. 12-13). A mi modo de ver, es uno de los mejores textos de Ellacuría. Esto es lo que le escribe a monseñor Romero.

3. Entiendo por afirmación *doxológica* aquella que, basada en una afirmación, en principio *histórica*, que asienta una acción de Dios —Dios *hace algo*—, afirma lo que Dios *es* en sí mismo, sin que la razón pueda ya controlar lo que afirma. Está en la línea del pensamiento de W. Pannenberg. Ellacuría captó que monseñor Romero *hizo* muchas cosas, y de ahí dio un salto a lo que monseñor *fue*.

4. En 1976, como todos los años, Ellacuría fue a Madrid, en los meses de invierno. No pudo regresar al país hasta agosto de 1978, y lo hizo disimuladamente y corriendo riesgos.

El primer aspecto que me ha impresionado es el de *su espíritu evangélico*. Lo supe desde el primer instante por comunicación del P. Arrupe [...] Usted inmediatamente percibió el significado limpio de la muerte del padre Grande, el significado de la persecución religiosa y respaldó con todas sus fuerzas ese significado. Eso muestra su fe sincera y su discernimiento cristiano.

Esto me hace ver *un segundo aspecto: el de un claro discernimiento cristiano*. Usted, que conoce los Ejercicios de san Ignacio, sabe lo difícil que es discernir y decidir según el espíritu de Cristo y no según el espíritu del mundo, que se puede presentar *sub angelo lucis*, bajo ángel de luz. Tuvo el acierto de oír a todos, pero acabó decidiendo por lo que parecía a ojos prudentes lo más arriesgado. En el caso de la única misa, de la supresión de las actividades de los colegios, de su firme separación de todo acto oficial, etc., supo discernir dónde estaba la voluntad de Dios y supo seguir el ejemplo y el espíritu de Jesús de Nazaret.

El tercer aspecto lo veo como una conclusión de los anteriores y como su comprobación. En esta ocasión y apoyado en el martirio del padre Grande, usted ha hecho Iglesia y ha hecho unidad en la Iglesia. Bien sabe usted lo difícil que es hacer esas dos cosas hoy en San Salvador. Pero la misa en la catedral y la participación casi total y unánime de todo el presbiterio, de los religiosos y de tanto pueblo de Dios muestran que en esa ocasión se ha logrado. No ha podido entrar usted con mejor pie a hacer Iglesia y a hacer unidad en la Iglesia dentro de la arquidiócesis. No se le escapará que esto era difícil. Y usted lo ha logrado. Y lo ha logrado no por los caminos del halago o del disimulo, sino por el camino del Evangelio: siendo fiel a él y siendo valiente con él. Pienso que mientras usted siga en esta línea y tenga como primer criterio el espíritu de Cristo martirialmente vivido, lo mejor de la Iglesia en San Salvador estará con usted y se le separarán quienes se le tienen que separar.

En la hora de la prueba se puede ver quiénes son fieles hijos de la Iglesia, continuadora de la vida y de la misión de Jesús, y quiénes son los que se quieren servir de ella. Me parece que en esto tenemos un ejemplo en la vida última del padre Grande, alejada de los extremismos de la izquierda, pero mucho más alejada de la opresión y de los halagos de la riqueza injusta, que dice san Lucas.

En este modo de actuar de monseñor, lleno de Evangelio y de discernimiento ante Dios, siendo arzobispo de todos, pero con el pueblo y a favor del pueblo, independiente del Gobierno, alejado de los poderosos, que querían ponerlo a su favor, y muy pronto denunciador de sus fechorías y de las del Gobierno, Ellacuría vio cómo monseñor Romero fue seguidor de Jesús. Hombre que, oyendo a todos,

se preguntó qué es lo que Dios quería que él hiciese. Eso es “discernir”⁵. Hombre que caminaba con Dios en la historia como pide Miqueas, y que seguía a Jesús de Nazaret, el histórico e inmanipulable. Hombre que en ese caminar y discernir fundamentales, fundaba los numerosos discernimientos específicos.

Ellacuría vio que, siendo y actuando así, monseñor Romero *respondía* a Dios como Jesús. Y vio que al *responder* así a la voluntad de Dios, monseñor *correspondía* a Dios, se hacía afín a la realidad de Dios. Y ello es lo que permite hablar del “dedo de Dios”.

Ellacuría escudriñaba, ciertamente, los “signos de los tiempos” —signos en sentido *histórico* (cfr. GS 4)—, que caracterizaban a la realidad salvadoreña, en aquella época. Pero discernió también “en los acontecimientos, exigencias y deseos [...] los signos verdaderos de la presencia o de los planes de Dios” (cfr. GS 11), signos en sentido *teologal*. Para Ellacuría, esos signos se hicieron presentes en el ser y hacer de monseñor Romero. Y el mismo monseñor, “hombre con espíritu evangélico”, se le convirtió en signo teologal. En ese monseñor vio Ellacuría el “dedo de Dios”.

Por lo que toca al discernimiento de monseñor Romero, pienso que para Ellacuría —y para mí—, el mayor signo histórico que se le impuso fue el martirio de Rutilio Grande, de muchos otros sacerdotes y del pueblo crucificado, a lo largo de tres años. Pienso que se le convirtieron en signo teologal. En los mártires y en el pueblo crucificado se le hizo presente Dios.

Al finalizar su carta, Ellacuría le dice a monseñor que “no ha sido más que el comienzo, pero ha sido un extraordinario comienzo”. Y termina con estas palabras: “Pido a Dios que todas estas cosas sigan para bien de todos”.

“Estas cosas” siguieron durante tres años. El *principio* de monseñor Romero en Aguilares, junto al cadáver de Rutilio Grande, un niño y un anciano, *principió* muchas realidades, que han llegado hasta nuestros días. Algunas de ellas han llegado debilitadas, a veces muy debilitadas. Otras se han mantenido firmes y siguen dando frutos.

(b) “Monseñor Romero, un enviado de Dios para salvar a su pueblo”

Después del martirio de monseñor, en noviembre de 1980, la revista *Sal Terrae* (Santander, España) pidió a Ellacuría un artículo sobre monseñor Romero. Así, escribió “Monseñor Romero, un enviado de Dios para salvar a su pueblo”

5. Para un miembro de la jerarquía eclesiástica, discernir ante Dios y, en definitiva, solo ante Dios, no es imposible, por supuesto, pero no es cosa fácil, pues el discernimiento tiene que coexistir con una obediencia especial a sus superiores en jerarquía. Hay pocos como don Pedro Casaldáliga, que disciernen libremente ante Dios “en rebelde fidelidad”.

(Ellacuría, 1990, pp. 5-10). La afirmación teológica es “Monseñor Romero, un *enviado de Dios*”.

Los textos explicativos, que no analizo tan extensamente como los anteriores, insisten en tres cosas. Una, evidente dadas las circunstancias, es el *martirio* de monseñor Romero. La segunda es que monseñor Romero fue y trajo *salvación*. La tercera es que monseñor Romero ha sido *gracia* para el pueblo.

(i) Lo que Ellacuría dice sobre el *martirio* de monseñor Romero lo publicamos casi literalmente, citando un largo párrafo con el que comienza el artículo.

Hace ocho meses, un 24 de marzo, caía ante el altar monseñor Romero. Bastó con un tiro al corazón para acabar con su vida mortal. Estaba amenazado hacía meses y nunca buscó la menor protección. Él mismo manejaba su carro y vivía en un indefenso apartamento adosado a la iglesia donde fue asesinado.

Lo mataron los mismos que matan al pueblo, los mismos que en este año de su martirio llevan exterminadas cerca de diez mil personas, la mayor parte de ellas jóvenes, campesinos, obreros y estudiantes, pero también ancianos, mujeres y niños que son sacados de sus ranchos y aparecen poco después torturados, destrozados, muchas veces irreconocibles.

No importa determinar quién fue el que disparó. Fue el mal, fue el pecado, fue el anticristo, pero un mal, un pecado y un anticristo históricos, que se han encarnado en unas estructuras injustas y en unos hombres que han elegido el papel de Caín.

Solo tuvo tres años de vida pública como arzobispo de San Salvador. Fueron suficientes para sembrar la palabra de Dios, para hacer presente en su pueblo la figura de Jesús; fueron demasiados para los que no pueden tolerar la luz de la verdad y el fuego del amor.

Estas palabras no necesitan comentario. Son Ellacuría puro. Recuerdan con minuciosidad y lucidez tres cosas: la afinidad de monseñor Romero con Jesús de Nazaret, su solidaridad con el pueblo crucificado y sus tres años de vida desde la perspectiva de la cruz —lo cual recuerda lo que hace años escribió el teólogo alemán Martin Kähler: “El Evangelio es la historia de la pasión con una larga introducción”.

(ii) En su primera carta a monseñor Romero, Ellacuría ya había contado lo fundamental de esa *larga introducción* a la pasión de monseñor. Ahora, en el artículo que cito⁶, comienza con la pasión, pero a continuación se sigue preguntando *qué había hecho en su vida monseñor Romero*. Y en formulación concentrada —y muy querida para Ellacuría—, lo que hizo monseñor fue *traer salvación a su pueblo*.

6. A continuación, cito con libertad las páginas 5-10 del artículo.

No trajo salvación como un líder político, ni como un intelectual, ni como un gran orador, dice Ellacuría. Se puso a anunciar y realizar el Evangelio con plena encarnación y en toda su plenitud, puso a producir la fuerza histórica del Evangelio. Comprendió “de una vez por todas” —dice Ellacuría, con fuerza y criticando la ausencia habitual de lo que dirá a continuación— que la misión de la Iglesia es el anuncio y la realización del Reino de Dios, que pasa ineludiblemente por el anuncio de la Buena Nueva a los pobres y la liberación de los oprimidos.

Monseñor buscó y trajo una *salvación real* del proceso histórico. Habló a favor del pueblo para que él mismo construyese críticamente un mundo nuevo, en el cual los valores predominantes fueran la justicia, el amor, la solidaridad y la libertad. Una y otra vez ponía sus ojos en Jesús como principio de la fe y de la trascendencia cristiana. Y el pueblo se abría a esa fe y esa trascendencia. De esa forma, también traía salvación.

(iii) Ellacuría vio en monseñor Romero don y gracia. “Fue un enviado”, dice, no mero producto de nuestras manos. Se convirtió —no para todos por igual— en el gran “regalo de Dios”, y un regalo muy especial. “Los sabios y prudentes de este mundo, eclesiásticos, civiles y militares, los ricos y poderosos de este mundo decían que hacía política. Pero el pueblo de Dios, los que tienen hambre y sed de justicia, los limpios de corazón, los pobres con espíritu, sabían que todo eso era falso... Nunca habían sentido a Dios tan cerca, al espíritu tan aparente, al cristianismo tan verdadero, tan lleno de gracia y de verdad”. Pero no era una gracia *barata*, que no compromete, sino una gracia *cara*, que compromete y salva.

Todo ello le ganó el amor del pueblo oprimido y el odio del opresor. Le ganó la persecución, la misma persecución que sufría su pueblo. Así murió y por eso lo mataron. Por eso igualmente monseñor Romero se convirtió en un ejemplo excepcional de cómo la fuerza del Evangelio puede convertirse en fuerza histórica de transformación.

(c) “Con monseñor Romero, Dios pasó por El Salvador”

El pensamiento de Ellacuría sobre monseñor alcanzó su punto culminante en la homilía que pronunció en el funeral en la UCA. Lo citamos como tercer texto teologal: “Con monseñor Romero, *Dios pasó por El Salvador*”.

Hemos hablado de la *presencia* de Dios en monseñor, y del *envío* que de él hace Dios. Ahora Ellacuría se expresa con máxima radicalidad lingüística y conceptual. Con monseñor Romero, Dios se hizo presente en la historia salvadoreña.

En estas palabras hay genialidad de pensamiento, y no conozco pastores ni teólogos, filósofos ni políticos, que conceptualicen y formulen realidades con tal radicalidad. Las palabras pueden extrañar y sorprender a creyentes, y

ciertamente, a no creyentes. Pudieran parecer poco científicas y poco universitarias, y, aunque teologales, quizás no suenen en exceso religiosas y piadosas. Pero debo confesar que para mí son verdaderas y son fructíferas. Al menos expresan más verdad y producen más frutos que otras que he escuchado sobre monseñor Romero. Me explico.

En el Dios de monseñor Romero, Ellacuría vio una ultimidad y radicalidad que, en ese grado, no encontró en ninguna otra realidad, aunque fuesen realidades buenas como la verdad y la libertad, la democracia y el socialismo, cuando son auténticos... Vio esa ultimidad en la historia de monseñor, sin mencionar con esa radicalidad, que yo recuerde, a otras personas del pasado, ciertamente muy venerables.

Vio que el paso de Dios en monseñor producía bienes, personales y, novedosamente, sociales difíciles de conseguir, y una vez conseguidos, difíciles de mantener. Producía justicia sin ceder ante la injusticia, defensa y liberación de los oprimidos. Producía compasión y ternura hacia los indefensos. Producía verdad sin componendas, no aprisionada por la mentira, ni por el eterno peligro de ceder a lo políticamente correcto. Y mantenía una esperanza que no muere...

A Ellacuría, monseñor le habló, por una parte, de un Dios de pobres y mártires, ciertamente, liberador, exigente, profético y utópico. En un palabra, le habló de lo que en Dios hay de “más acá”. Pero también le habló de lo que en Dios hay de inefable, no adecuadamente historizable, de lo que en Dios hay de “más allá”, de misterio insondable y bienaventurado.

Y a quien el término “Dios” le resulte extraño, piense en las palabras de Ellacuría ya citadas: “Lo último de la realidad es el bien y no el mal”. *Eso* es lo que con monseñor Romero pasó por El Salvador.

2. Ignacio Ellacuría, discípulo de monseñor

Cuando tenía 47 años y llevaba trabajando diez en la UCA, a Ellacuría se le “apareció” —*opthe*— monseñor Romero. Y uso el término “aparecer”, lenguaje en que se narran las del Resucitado, conscientemente, para expresar, con todas las analogías del caso, lo que en ello hubo de inesperado, fuerte, quizás destan-teador, y bienaventurado.

No fue el primer encuentro que tuvo con personas a quienes consideró maestros, mentores o padres en el espíritu, que iban a influir importantemente en su vida. Estos fueron Miguel Elizondo, en el noviciado, Aurelio Espinosa Polit, en el estudio de las humanidades, en Quito, el poeta vasco-nicaragüense Martínez Baigorri. Por lo que toca a la teología, durante cuatro años fue alumno de Rahner, en Innsbruck. Y por lo que toca a la filosofía, estudió y trabajó con Zubiri. Fue su colaborador intelectual más cercano, y de varias formas inspirador suyo, hasta la muerte de Zubiri.

Ellacuría les estuvo siempre agradecido, y les podía reconocer —lo decía con claridad en el caso de Zubiri— superioridad en el quehacer intelectual. Pero, de algún modo, también podía considerarse “colega” de quienes habían sido sus mentores. Sin embargo, nunca se consideró colega de monseñor Romero.

Su impacto en Ellacuría fue específico. Ciertamente, le impactó, como a muchos otros, su profecía y denuncia, su compasión y esperanza, su cercanía a los pobres y su lucha por la justicia, su disponibilidad a que le arrebatasen la vida, y el mantenerse fiel hasta el final sin dejarse desviar por ningún riesgo ni amenaza⁷.

Esto lo hemos considerado en el apartado anterior. Pero pienso que el impacto más novedoso, y el más poderoso, se lo produjo la fe de monseñor Romero. Aceptando los otros impactos mencionados, esa fe suponía para Ellacuría alguna forma de discontinuidad mayor.

Por decirlo gráficamente —usando dos frases de monseñor Romero en sus homilias finales—, Ellacuría pudo captar, con asombro sí, pero en continuidad con su propia manera de ser y hacer, lo que dijo monseñor en la homilía la víspera de ser asesinado, el 23 de marzo: “En nombre de Dios, pues, y en nombre de este sufrido pueblo cuyos lamentos suben hasta el cielo cada día más tumultuosos, les pido, les ruego, les ordeno en nombre de Dios: ¡cese la represión!”.

También pudo captar —aunque en esto, con algún grado de discontinuidad— lo que había dicho monseñor, en una homilía, seis semanas antes, el 10 de febrero: “Ningún hombre se conoce mientras no se haya encontrado con Dios [...] ¡Quién me diera, queridos hermanos, que el fruto de esta predicación de hoy fuera que cada uno de nosotros fuéramos a encontrarnos con Dios y que viviéramos la alegría de su majestad y de nuestra pequeñez!”.

En estas palabras, pienso que en monseñor Romero, Ellacuría sintió algo diferente, superior, no solo cuantitativa, sino cualitativamente. No empequeñeció a Ellacuría, pero pienso que le ayudó a comprenderse a sí mismo y le ubicó más adecuadamente en la realidad.

Dicho ahora en forma gráfica, hablando de las tareas que la Iglesia tenía que hacer —y nosotros dentro de ella—, a Ellacuría le oí decir: “Monseñor ya se nos había adelantado”. Y en 1985, reconoció pública, explícita y solemnemente la superioridad de monseñor Romero. A los cinco años de su martirio, la UCA otorgó a monseñor un doctorado póstumo *honoris causa* en teología⁸. En esa ocasión,

7. Y por cierto, en contra de lo que decían algunos amigos de monseñor, Ellacuría aprobaba los riesgos que este asumía, e insistía. Una vez le oí decir: “Monseñor debe arriesgar. Es lo que tiene que hacer”.

8. A mí, Ellacuría me pidió exponer “El significado de monseñor Romero para la teología”, donde desarrollé una idea algo semejante a lo que él pensaba sobre

Ellacuría tuvo un importante discurso. En contra de acusaciones de manipular a monseñor Romero, la UCA confesaba públicamente la importancia y la superioridad de monseñor Romero para su propio ser y hacer. Dijo así Ellacuría:

Se ha dicho malintencionadamente que monseñor Romero fue manipulado por nuestra universidad. Es hora de decir pública y solemnemente que no fue así. Ciertamente, monseñor Romero pidió nuestra colaboración en múltiples ocasiones y esto representa y representará para nosotros un gran honor, por quien nos la pidió y por la causa para la que nos la pidió [...], pero en todas esas colaboraciones no hay duda de quién era el maestro y de quién era el auxiliar, de quién era el pastor que marca las directrices y de quién era el ejecutor, de quién era el profeta que desentrañaba el misterio y de quién era el seguidor, de quién era el animador y de quién era el animado, de quién era la voz y de quién era el eco. (Ellacuría, 1985a, pp. 167-176.)

Ellacuría confesaba humildemente —a lo que no era dado— y agradecidamente —a lo que sí era dado— la deuda de la UCA con monseñor Romero. Estas palabras también resuenan como un reconocimiento personal de su propia deuda con monseñor, desde lo más profundo de su persona.

Y este reconocimiento inequívoco de monseñor puede comprenderse mejor si recordamos lo siguiente. Siendo de temperamento exigente y crítico, a veces en exceso, y buscando siempre el bien, a Ellacuría le oí críticas sobre muchas personas cuando, a su juicio, cometían un error de concepto o de praxis. A veces también por limitaciones objetivas, aun de gente buena y amiga.

Pues bien, nunca le oí criticar a monseñor Romero, quizás por un pudor reverencial que fue creciendo en él. Pienso que era una forma de respetar esa misteriosa superioridad que veía en monseñor. En este sentido, he llamado a Ellacuría “discípulo de monseñor Romero”.

3. Ellacuría fue llevado en la fe y por la fe de monseñor Romero

Lo que acabamos de decir lo podemos reformular, con sencillez y algo de audacia, diciendo que Ellacuría fue “discípulo de monseñor Romero en la fe”. No obstante, pienso que hay que dar un paso más: “Ellacuría fue llevado en la fe y por la fe de monseñor”. Sobre esto queremos hacer algunas reflexiones (Sobrino, 1999).

3.1. Ellacuría “luchó con Dios”

En 1969, en una reunión en Madrid, le oí decir en un pequeño grupo: “Rahner lleva con elegancia sus dudas de fe”, con lo cual venía a decir —esa fue mi

monseñor: “Monseñor Romero como acontecimiento teológico. Palabra de Dios y palabra del pueblo de Dios” (pp. 155-166). Vine a decir que monseñor no solo fue teólogo, sino que fue realidad teológica.

convicción— que tampoco para él la fe era algo obvio. Sus palabras no me sorprendieron, pues aquellos eran años recios para la fe, la mía propia y la de otros compañeros e incluso la de profesores.

El contacto abierto y serio con los filósofos modernos —increyentes la mayoría de ellos, con la excepción de Zubiri—, el surgir de la teología crítica⁹, incluso la de la muerte de Dios —ese era el ambiente que predominaba en los años en que Ellacuría alcanzó su madurez intelectual—, su propio talante honesto y crítico, nada propicio a credulidades y argumentos poco convincentes y de matices apologéticos, y el gran cuestionamiento de Dios, que es la miseria y el escándalo del continente latinoamericano¹⁰, no debieron hacer obvia la fe en Dios de un Ignacio Ellacuría.

Como muchos otros, pienso que anduvo a *vueltas con Dios*. En palabras de la Escritura, *luchó con Dios*, como Jacob. Mi convicción es que se dejó vencer por él, aunque la victoria, o la derrota, es siempre cosa muy personal. De ello solo se puede hablar con infinito cuidado y, en definitiva, no es captable desde fuera. Dicho en palabras más sencillas, lo que creo que ocurrió fue que monseñor Romero, sin proponérselo Ellacuría, lo impulsó y lo capacitó para ponerse activamente, y mantenerse, ante el misterio último de la realidad.

(a) Ya he dicho que, para Ellacuría, monseñor fue un referente que *iba adelante*. De monseñor, pienso que le impresionó profundamente cómo se remitía a Dios, no solo en la reflexión y en la predicación, sino en la más profunda realidad de su vida. Dios era para monseñor absolutamente *real*. Y Ellacuría vio que con ese Dios, monseñor humanizaba a personas y traía salvación a la historia.

La fe de monseñor Romero se le impuso a Ignacio Ellacuría como algo bueno y humanizante. Se alegraba de que monseñor fuese hombre de fe, y esa fe era contagiosa. Algo o mucho —en definitiva, solo Dios lo sabe— pienso que se le pegó a Ellacuría. El misterio cobró novedad y cercanía.

(b) No hay argumentos apodícticos para defender esta afirmación, pero puede haber *vías*, como decía santo Tomás, para hacerla razonable. En su exilio en Madrid (1980-1983), con más tiempo, y en sus últimos años en El Salvador (1983-1989), aun con múltiples ocupaciones de máxima urgencia y responsabilidad, siempre encontró tiempo para escribir textos teo-*lógicos*, especialmente sobre la Iglesia y la eclesiología. Algunos más específicamente teo-*logales* (Ellacuría, 1984). En ellos abordaba, directa o indirectamente, la realidad de Dios.

9. Baste recordar, desde una perspectiva cristiana, libros como los de Charles Moeller, *Literatura del siglo XX y cristianismo*, y Heinz Zahrnt, *A vueltas con Dios*.

10. Recuérdese el libro de G. Gutiérrez, *Hablar de Dios desde el sufrimiento del inocente. Una reflexión sobre el libro de Job* (Salamanca, 1986), y su artículo “Cómo hablar de Dios desde Ayacucho”, *Revista Latinoamericana de Teología* 15, 1988, pp. 233-241.

A “Dios” lo mencionaba con naturalidad para dar fuerza a una idea, también cuando no tenía por qué hacerlo. En una dura crítica, escribió: “Todo importa más que escuchar realmente la voz de Dios que [...] se escucha en los sufrimientos como en las luchas de liberación del pueblo” (Ellacuría, 1978, p. 59). Y más allá de temas concretos, remitiéndose al pensar y sentir de monseñor Romero, Ellacuría hablaba con toda naturalidad de la *trascendencia*. Citamos un texto, significativo, porque incluye muchos temas importantes, que culminan con la trascendencia de Dios.

Monseñor Romero nunca se cansó de repetir que los procesos políticos, por muy puros e idealistas que sean, no bastan para traer a los hombres la liberación integral. Entendía perfectamente aquel dicho de san Agustín que para ser hombre hay que ser “más” que hombre. Para él, la historia que solo fuese humana, que solo pretendiera ser humana, pronto dejaría de serlo. Ni el hombre ni la historia se bastan a sí mismos. Por eso no dejaba de llamar a la trascendencia. En casi todas sus homilías salía este tema: la palabra de Dios. La acción de Dios rompiendo los límites de lo humano. (Ellacuría, 1990, p. 9.)

Monseñor Romero vino a ser como el rostro del misterio, que asoma en nuestro mundo, misterio en definitiva más *fascinans* que *tremendum*. Y en presencia de ese monseñor, Ellacuría se sentía —él, que no estaba acostumbrado a ello— empequeñecido, pero con un empequeñecimiento que no humilla, sino que ubica adecuadamente en la historia y otorga dignidad. Con exquisita delicadeza, monseñor le ofrecía aquello en lo que él era eximio y en lo que los demás somos mucho más limitados.

3.2. Sus últimos años

(a) Después de retornar de su segundo exilio, Ellacuría entró en los últimos seis años de su vida. La tarea fundamental a la que dedicó sus mejores energías, tiempo y salud, fue a poner fin a la guerra, a través de un diálogo, que desembocase en negociación. Y por ello tuvo que escuchar críticas de ambos lados —más de la derecha que de la izquierda—, pues cada bando quería vencer sobre el otro. Y con razones, o autoengaños, esperaban que la victoria fuera posible.

En esas estaba Ellacuría. Ahora solo quiero recordar algunos momentos, la mayoría de ellos en breves encuentros personales privados, con su salud cada vez más debilitada, aunque su voluntad se mantenía férrea. En mi percepción, en esos momentos iba apareciendo cómo captaba el sentido, o el sinsentido, de la historia y de su vida. Verá el lector que Ellacuría aparecía a veces con aliento y a veces con abatimiento. Permítaseme mencionar algunos de esos momentos.

Un día en 1983, al regreso de su segundo exilio, estando refugiada la comunidad en Santa Tecla, Ellacuría presidió la eucaristía y nos habló del “Padre celestial”. No era lenguaje muy suyo, pero algo importante y bueno quería decir

con estas palabras el Ellacuría cerebral y crítico. Otras veces me dijo, como de pasada, que “solo queda la estética”. Las cosas no marchaban bien para el país, para el Reino, y Ellacuría no parecía sentir un asidero seguro para su lucha por el diálogo.

Otra vez me dijo, también de pasada, algo que el lector no entenderá, y que le hará sonreír. Para los nacidos en Vizcaya, el País Vasco, el club de fútbol Athletic de Bilbao es entrañable, y Ellacuría seguía por radio fielmente los resultados de los partidos todos los domingos. Un día me dijo: “Ya ni el Athletic”. Yo le comprendí perfectamente. El sentido de las cosas se le escapaba de las manos.

Meses antes de su muerte, me dijo que, ahora que trabajaba por el diálogo, su vida corría más peligro que cuando defendía vigorosamente a los oprimidos y atacaba duramente a la oligarquía, al Ejército, al Gobierno y al imperio estadounidense. Y lo debió pensar en serio. Como un estoico ilustrado, comentó: “Me han dicho que el dolor de un disparo solo dura veinte segundos”.

(b) En medio de estas experiencias personales sobre el sentido y sinsentido de la vida, Ellacuría siguió luchando. Y siguió pensando. Escribió artículos sobre la situación militar, económica y política y varios artículos de teología, que publicó en la *Revista Latinoamericana de Teología*, que fundamos en 1984. Eran artículos teológicos, pero con un trasfondo teologal. Ahora me quiero fijar en una dimensión de su pensamiento que tiene que ver con la *totalidad* y con *realidades últimas*, a veces explícitamente religiosas (Ellacuría, 1985c, pp. 5-45; 1986, pp. 113-131; 1987, pp. 3-28), lo cual pienso está emparentado, explícita o implícitamente, con lo teologal.

Personalmente, me impactó que, por su honradez con lo real, insistió en la negatividad de la realidad. Así, en 1985, le reclamó a Martin Heidegger que “quizá en vez de preguntarse por qué hay más bien ente que nada, debería haberse preguntado por qué hay nada —no ser, no realidad, no verdad, etc.— en vez de ente” (Ellacuría, 1985b, p. 50). Y la dimensión histórica de la negatividad le impactó hasta el final. Pensó y escribió recurrentemente sobre el pueblo *crucificado*, los derechos humanos de los *pueblos oprimidos*...

Ese talante de constatar y desenmascarar la negatividad lo acompañó hasta el final de su vida. En su último discurso, el 6 de noviembre de 1989, al recoger en Barcelona el premio Comín, dijo: “Nuestra civilización está gravemente enferma y [...] para evitar un desenlace fatídico y fatal, es necesario intentar cambiarla desde dentro de sí misma” (Ellacuría, 1989, p. 1078). De ahí, la imperiosa necesidad de revertir la historia.

No obstante, Ellacuría insistió también en que en la negatividad puede haber principio de salvación. Escribió repetidas veces sobre la salvación que trae el siervo de Yahvé, sufriente y destrozado; los mártires *asesinados*, una Iglesia de *pobres* y *oprimidos*. En su último discurso, para sanar a una sociedad deshuma-

nizada, se remite a lo que está *abajo en la historia*. “Solo utópica y esperanzadamente, uno puede creer y tener ánimos para intentar con todos los pobres y oprimidos del mundo revertir la historia, subvertirla y lanzarla en otra dirección” (Ellacuría, 1989)¹¹.

En ese último discurso, también se remite, o al menos a ello alude con seriedad, al plano teológico, ciertamente, a “lo cristiano”, fórmula que usaba con frecuencia. Lo hizo poniendo en tensión la fe y la justicia. “La fe cristiana tiene como condición indispensable, aunque no tal vez suficiente, su enfrentamiento con la justicia; pero a su vez, la justicia buscada queda profundamente iluminada desde lo que es la fe vivida en la opción preferencial por los pobres” (Ellacuría, 1989, p. 79)¹².

(c) En su última época, Ellacuría, en medio de innumerables problemas, y en palabras poco conocidas, decía que “quería pensar El Salvador”. Quería pensar *el todo* en el cual él se encontraba. Ya antes, desde 1982, había pensado cómo debía ser una civilización *totalizante* como solución para esta totalidad maltrecha, que es nuestro mundo. Un día me comentó: “La formulación teórica de la solución la tengo clara. Hacerla realidad es muy difícil. Es *la civilización de la pobreza*”. Y estaba convencido de la originalidad del concepto.

Para definir, o al menos describir, qué era una determinada civilización, aunque variase la formulación, se fijó en dos cosas esenciales: cuál es el *motor fundamental de la historia* y cuál es el *principio de humanización*. En la civilización de la riqueza, *el motor* de la historia es la acumulación del capital y el *principio de (des)humanización* es la posesión y disfrute de la riqueza. En la civilización de la pobreza, *el motor* de la historia —a veces, llamado principio de desarrollo— es la satisfacción universal de las necesidades básicas y el *principio de humanización* es el acrecentamiento de la solidaridad compartida.

Desde 1982, escribió cuatro artículos sobre este tema fundamental (Ellacuría, 1982, pp. 588-596; 1993, pp. 115-126; 1988, 1989, pp. 141-184). Insistió en el carácter dialéctico de ambas civilizaciones, añadiendo a veces la formulación dialéctica de *civilización del capital* y *civilización del trabajo*. Pero hasta el final mantuvo el término *pobreza*, a pesar del escándalo que producía definir así el ideal de una civilización realmente humana.

11. También habló de la necesidad de conocimientos serios para pensar proyectos de desarrollo y de justicia social.

12. Al terminar este breve análisis de su último discurso, quisiera añadir lo que le escuché en una de sus conversaciones privadas. “Alfonso Comín, convencido cristiano y convencido comunista, en cama y vencido por el cáncer. En sus últimos días pidió que le pusieran grabaciones de las homilias de monseñor Romero”. Ellacuría lo recuerda como expresión de la fe de Comín. Y no pudo dejar de añadir que en su muerte, “Pío XII había pedido que le pusieran música de Beethoven”.

Además de la razón histórica para reclamar la necesidad de la civilización de la pobreza, también se remontó al espíritu del Evangelio (Ellacuría, 2002b). Es otra muestra de cómo lo teológico y el trasfondo teológico se le habían hecho connaturales.

3.3. Se avizora el Dios liberador

Terminamos este artículo, citando ligeramente editada, la conclusión de su último artículo que publicó en 1989, en la *Revista Latinoamericana de Teología*.

La Iglesia de los pobres se constituye en el nuevo cielo, que como tal se necesita para superar la civilización de la riqueza y construir la civilización de la pobreza. Se convertirá en la nueva tierra en la que habite, como en un hogar acogedor y no degradado, el hombre nuevo.

Aquí es donde se da una gran confluencia del mensaje cristiano sin glosas desfiguradoras con la situación actual de la mayor parte del mundo y, ciertamente, de América Latina, aun depositaria mayoritariamente de la fe cristiana, la cual hasta ahora poco ha servido para hacer de esta región una tierra nueva, no obstante haberse presentado inicialmente como el Nuevo Mundo.

La negación profética de una Iglesia como el cielo viejo de una civilización de la riqueza y del imperio, y la afirmación utópica de una Iglesia como el cielo nuevo de una civilización de la pobreza es un reclamo irrecusable de los signos de los tiempos y de la dinámica soteriológica de la fe cristiana historizada en hombres nuevos.

Es la tesis fundamental de Ellacuría, unificando el análisis de la historia —los signos de los tiempos— y la salvación.

Las palabras últimas son históricas y teológicas. “Estos hombres nuevos siguen anunciando firmemente, aunque siempre a oscuras, un futuro siempre mayor, porque más allá de los sucesivos futuros históricos se avizora el Dios salvador, el Dios liberador”.

“Se avizora el Dios liberador”: en estas palabras se puede percibir el aliento de monseñor Romero.

Referencias bibliográficas

Ellacuría, Ignacio (1978). “El pueblo crucificado. Ensayo de soteriología histórica”. En *Escritos teológicos 2*, 2000, pp. 137-170. San Salvador: UCA Editores.

Ellacuría, Ignacio (1981). “El verdadero pueblo de Dios, según monseñor Romero”, *ECA* 392, p. 530. En *Escritos teológicos 2*, 2000, pp. 357-396. San Salvador: UCA Editores.

- Ellacuría, Ignacio (1982). “El Reino de Dios y el paro en el Tercer Mundo”, *Concilium* 180. En *Escritos teológicos* 2, 2000, pp. 295-306. San Salvador: UCA Editores.
- Ellacuría, Ignacio (1984). *Conversión de la Iglesia al Reino de Dios para anunciarlo y realizarlo en la historia*. Santander: Sal Terrae.
- Ellacuría, Ignacio (1985a). “La UCA ante el doctorado concedido a monseñor Romero”, *ECA* 437. En *Escritos teológicos* 3, 2002, pp. 101-114. San Salvador: UCA Editores.
- Ellacuría, Ignacio (1985b). “Función liberadora de la filosofía”, *ECA* 435-436. En *Veinte años de historia en El Salvador (1969-1989)* 1, 1991, pp. 93-122. San Salvador: UCA Editores.
- Ellacuría, Ignacio (1985c). “Historicidad de la salvación cristiana”, *Revista Latinoamericana de Teología* 1. En *Escritos teológicos* 1, 2000, pp. 535-596. San Salvador: UCA Editores.
- Ellacuría, Ignacio (1986). “Voluntad de fundamentalidad y voluntad de verdad: conocimiento-fe y su configuración histórica”, *Revista Latinoamericana de Teología* 8. En *Escritos teológicos* 1, 2000, pp. 107-138. San Salvador: UCA Editores.
- Ellacuría, Ignacio (1987). “Aporte de la teología de la liberación a las religiones abrahámicas en la superación del individualismo y del positivismo”, *Revista Latinoamericana de Teología* 10. En *Escritos teológicos* 2, 2000, pp. 193-232. San Salvador: UCA Editores.
- Ellacuría, Ignacio (1988). “La construcción de un futuro distinto para la humanidad”. Recuperado de <http://mercaba.org>. FICHAS/Teología latina.
- Ellacuría, Ignacio (1989). “Utopía y profetismo desde América Latina. Ensayo de soteriología histórica”, *Revista Latinoamericana de Teología* 17. En *Escritos teológicos* 2, 2000, pp. 233-294. San Salvador: UCA Editores.
- Ellacuría, Ignacio (1989). “El desafío de las mayorías populares”, *ECA* 493-494. En *Escritos universitarios*, 1999, pp. 297-306. San Salvador: UCA Editores.
- Ellacuría, Ignacio (1990). “Monseñor Romero, un enviado de Dios para salvar a su pueblo”, *Revista Latinoamericana de Teología* 19. En *Escritos teológicos* 3, 2002, pp. 93-101. San Salvador: UCA Editores.
- Ellacuría, Ignacio (1993). “Misión actual de la Compañía de Jesús”, *Revista Latinoamericana de Teología* 29. En *Escritos teológicos* 3, 2002, pp. 173-176. San Salvador: UCA Editores.
- Ellacuría, Ignacio (2013). “Carta de Ignacio Ellacuría a monseñor Romero”, *Carta a las iglesias* 640.

Sobrino, Jon (1985). “El significado de monseñor Romero para la teología”, *ECA* 437.

Sobrino, Jon (1999). “Monseñor Romero y la fe de Ignacio Ellacuría”. En Jon Sobrino y Rolando Alvarado (eds.), *Ignacio Ellacuría. “Aquella libertad esclarecida”*, pp. 11-26. San Salvador: UCA Editores.

Sobrino, Jon (2013). *Monseñor Romero*. San Salvador: UCA Editores.

